

Maeterlinck, Maurice (1862-1949)

***La vida de las hormigas* (1930; trad. esp. de J. Campo Moreno, 1930)**

INTRODUCCIÓN

I

Más de una vez me han preguntado por qué no completaba el tríptico de los insectos sociales, cuyas dos primeras hojas, *La vida de las abejas* y *La vida de los termes*, fueron favorablemente acogidas. He titubeado mucho. Creía que la hormiga era antipática, desagradable y demasiado conocida. Me parecía innecesario repetir acerca de su inteligencia, de su habilidad, de su actividad, de su avaricia, de su previsión y de su política las nociones que constituyen parte del patrimonio común que adquirimos en la escuela de primeras letras, y que flotan en todas las memorias entre los residuos de la batalla de las Termópilas o de la toma de Jericó.

Como siempre viví en el campo más tiempo que en la ciudad, me interesó, lógicamente, este inevitable insecto. Algunas veces encerré algunos en cajas de vidrio, sin propósito previo y sin método estudié sus afanosas idas y venidas, que no me enseñaban casi nada.

Luego, recapacitando, me di cuenta de que acerca de ellos, como acerca de cualquier cosa de este mundo, creernos saberlo todo y no sabemos casi nada; de que lo poco que aprendemos nos revela desde el primer instante cuanto nos falta por aprender.

Advertimos así, principalmente, las dificultades del empeño. La colmena, o el termitero, forman un conjunto al cual se puede dar la vuelta. Existen una colmena, un termitero, una abeja, un termes tipo y, en cambio, hay tantos hormigueros como especies de hormigas y tantas costumbres diferentes como especies. Nunca se tiene un objetivo, no se sabe por dónde empezar. El asunto es demasiado rico, demasiado vasto, se ramifica constantemente y se dispersa en todos los sentidos. No hay unidad posible. No se escribe la historia de una familia o de un pueblo, sino los anales o, mejor dicho, las efemérides de muchos pueblos diferentes.

Añádase a esto que desde los primeros pasos corre uno el riesgo de perder pie en la literatura mirmecófila. Es ésta tan abundante como la literatura agrícola, que tiene en la oficina entomológica de Washington más de veinte mil papeletas. El índice bibliográfico que publica Wheeler al final de su libro titulado *Ants* ocuparía ciento treinta páginas del presente volumen. Aun así, le falta mucho para estar completo, y sólo menciona lo publicado en estos últimos veinte años.

II

Es preciso, por tanto, dejarse guiar por los maestros. Sin pararnos en los precursores, Aristóteles, Plinio, Aldrovandi, Swammerdam, Linneo, William Gould, De Geer y algunos más, detengámonos un instante ante el verdadero padre de la formicología: Renato Antonio Ferchault de Réaumur.

Es su padre, pero un padre a quien sus hijos no han conocido. El borrador de su *Historia de las hormigas*, sepultado entre sus últimos manuscritos, fue mencionado por Flourens en 1860 y después olvidado por completo.

El notable mirmecólogo americano W. M. Wheeler volvió a descubrirle en 1925, y al año siguiente publicó en Nueva York el texto francés, acompañado de unas notas y de su traducción. Esta historia no ha influido en los entomólogos del siglo pasado, pero merece ser mencionada porque puede ser leída con provecho y no sin agrado, pues Réaumur, que tenía treinta y dos años cuando murió Luis XIV, aún escribía en el francés de la época buena. Encuéntrase en tal libro, en germen, y algo más que en germen a veces -quiero decir en estado perfecto-, muchas observaciones que se tenían por recientes. Dicho tratadito, que está sin concluir, y que apenas tiene 100 páginas, renueva, o mejor dicho, instaura la mirmecología tal como se entiende hoy.

Empieza destruyendo multitud de leyendas y prejuicios que desde Salomón, San Jerónimo y la Edad Media llenaban de maleza los alrededores del hormiguero. Antes que a nadie, se le ocurrió observar las hormigas, en lo que él llama *salvaderas*, que eran, según su definición, «botellas de vidrio como las que hay en los gabinetes de los aficionados a curiosidades, cuya boca tenía casi tanto diámetro como el fondo», inaugurando de esta manera los nidos artificiales que tantos servicios han prestado después a los entomólogos. Comprueba que las hormigas, según ha afirmado después la experiencia, pueden vivir cerca de un año sin alimentarse, en tierra húmeda. Percibe la importancia y la significación del vuelo nupcial, y explica, antes que nadie, por qué tienen alas las hormigas hembras y las pierden repentinamente después del

himeneo, siendo así que había el convencimiento de que sólo les salían alas en la vejez, a manera de consuelo y para que pudieran morir más dignamente. Anticipándose a W. Gould, consigna la manera de fundar una colonia una reina fecundada. Trata de la postura de los huevos y entrevé la endósmosis, que constituye la clave del inexplicable enigma de su crecimiento. Describe de qué modo la larva, o la ninfa, empieza su capullo, cuyo tejido, según pone de manifiesto, «está hecho con varias capas de filamentos pegados unos a otros, y es tan tupido que se le confundiría con una membrana, a no saber cómo ha sido formado». No omite la regurgitación, que como más adelante veremos, es el acto esencial y fundamental del hormiguero. Tiene idéntica intuición de los fototropismos, que tan importante papel desempeñan en las primeras manifestaciones de la vida, Y después de algunos errores veniales, incurre solamente en uno grave: confunde las hormigas con los termes, confusión que en aquella época era inevitable, pues no se realizó la diferenciación de un modo definitivo hasta fines del siglo XVIII.

III

Prescindamos, a pesar nuestro, puesto que es forzoso abreviar, de los entomólogos intermedios (Leeuwenhoeck, que estudió las transformaciones; Latville, que bosquejó las primeras clasificaciones; Charles Bonnet, el insigne naturalista y filósofo, que descubrió la partenogénesis de los pulgones, ganado de las hormigas, y otros más) para entrar inmediatamente, sin estorbos, en la mirmecología contemporánea.

Saludemos en la misma entrada a Pedro Huber, hijo de Francisco, el descubridor de las abejas, ambos ciudadanos ginebrinos. Su compatriota Augusto Forel, hombre que entiende, puesto que constituye, con Wasmann, Wheeler, Emery y algunos más, el grupo de los grandes mirmecólogos de ahora, declara que las *Investigaciones acerca de las costumbres de las hormigas indígenas*, de Pedro Huber, publicadas en 1810, son la Biblia de la mirmecología. No exagera. Es una obra en la cual sólo ha envejecido algo su deliciosa prolijidad. No tuvo mucha resonancia cuando se publicó, fieramente combatida. Mas sus minuciosas y casi paternas observaciones acerca de las *Negras cenicientas*, las *Minadoras*, las *Amazonas*, que en su tiempo eran conocidas con nombres vulgares y se han convertido en las *Pratensis*, las *Rufibarbis* y las *Poliergus Rufescens* de la ciencia, han resistido más de una centuria de crítica y no se les ha podido coger en falta. Partía de un principio inmejorable, que no perdió de vista nunca y que ha venido a

ser la regla fundamental de la entomología: «Cuanto más atractivo tienen para mí las maravillas de la Naturaleza, menos tentado me siento a modificarlas con ensueños de la imaginación.»

Si, según Forel, las *Investigaciones acerca de las costumbres de las hormigas indígenas* son la Biblia, *Las hormigas de Suiza*, de Forel, son la *Suma* de la mirmecología. Especialmente la segunda edición, puesta a la venta en 1920, constituye la verdadera enciclopedia de las hormigas, en la cual no queda nada en sombra, aunque tiene cualidades y defectos. Esto es: resulta demasiado prolija y frondosa: la abundancia de árboles impide ver el bosque, por lo que acaba uno por extraviarse. Por lo demás, la seguridad y la exactitud de sus observaciones y la extensión y lealtad de su erudición no tienen rival. Es casi imposible hablar de las hormigas sin tomar de lo que él escribió la tercera parte, por lo menos, de lo que uno diga. Es cierto que él también copió de otros especialistas las dos terceras partes de lo que nos enseña. Así camina la ciencia, rebasando por todas partes la excesiva brevedad de la vida humana, o si os parece mejor, así procede la Historia, puesto que la mirmecología no es, al fin y al cabo, más que la historia de una colonia insólita. Como ocurre con todas las historias, hay que reanudarla de cuando en cuando, ponerla al corriente, y no bastarían diez vidas, una tras otra, para reunir las observaciones que hoy conocemos, fruto de casi dos siglos de labor. Se trata de deducir de tan innumerables y menudos episodios heteróclitos e incoherentes una significación, una idea general, más fácil de intentar que de conseguir.

Sigue a Forel, Wasmann, jesuita alemán, cuyo nombre se repite en todas las páginas de la mirmecología. Se dedicó principalmente a las razas esclavistas, y empleó treinta años de su vida al estudio (espantoso, como más adelante veremos) de los parásitos del hormiguero. Fue observador admirable, de paciencia y lucidez ejemplares.

Solamente la relación de sus libros, de sus folletos y de sus artículos de revista llenaría más de doce páginas como las de este tomo. Lamentamos sólo que, en los momentos en que son difíciles las explicaciones, el teólogo o el casuista predominen sobre el sabio y se esfuerce en disculpar o glorificar a un Dios que se ve claramente que es el de su orden.

En William Morton Wheeler, profesor de entomología de la Universidad de Harvard, no es la teología, sino el pensamiento humano lo que se mezcla con la ciencia puramente objetiva y la vivifica. Wheeler es, realmente, no sólo un observador tan escrupuloso y tan fecundo como Forel y como Wasmann, sino un espíritu que ve más allá y más

profundamente, y que sabe deducir, de lo que ve, reflexiones e ideas generales de mayor alcance que las de sus colegas.

Debemos mencionar también al ingeniero Charles Janet, cuyos innumerables estudios, investigaciones, informes y monografías -exactos, claros, impecables y avalorados con cuadros anatómicos que se han hecho clásicos- enriquecen desde hace cincuenta años la mirmecología y otras muchas ciencias. Fue uno de esos grandes trabajadores a quienes no se hace justicia hasta que mueren.

No hay que olvidar tampoco al italiano C. Emery, notable clasificador que se consagró al trabajo ávido, ingrato, pero necesario, de formular la descripción detallada y técnica, la ficha mirmecológica, podríamos decir, de la mayor parte de las hormigas, para que sea posible reconocerlas sin la menor duda. Es probable que, poco a poco, vayan reemplazando a estas descripciones, tan falaces como los pasaportes, buenas fotografías ampliadas y en colores. Otros especialistas, sobre todo Bondroit y Ernest André se impusieron la misma tarea. El último es, además, autor de la única monografía vulgarizadora y accesible que poseemos. Por desgracia, es algo antigua, porque data de hace un siglo, es decir, de una época en que Forel acababa de publicar su primera versión de *Las hormigas de Suiza*, y en que Wasmann y Wheeler empezaban sus trabajos. Desconoce, por tanto, las hormigas de las setas, que se llamaban entonces *cortadoras de hojas*, pues se creía que se limitaban a recortarlas para alfombrar sus galerías. Desconoce también las extraordinarias hormigas con lanzaderas, las últimas observaciones acerca de las *Dorilinas registradoras*, los más interesantes experimentos acerca del sentido del olfato, de la orientación, de la trágica manera con que se crea una colonia, etc. Por otra parte, admite, demasiado fácilmente tal vez, ciertas ficciones conmovedoras acerca de los cementerios de los himenópteros enterradores, de su culto de los muertos, de las comitivas fúnebres, de los entierros de primera clase, de las sepulturas perpetuas, etc., siendo así que estos insectos se limitan a desembarazarse cuanto antes de los cadáveres, sacándolos del nido, y sin devorarlos, como los termes, acaso porque no podrían digerirlos.

IV

Limitemos a lo dicho una enumeración que llegaría a ser aburrida. Los demás nombres irán apareciendo en las páginas siguientes y podrán verse al final del libro en una bibliografía irremediabilmente compendiosa para no abrumar, pero en la que se recoge lo esencial.

Habr  quien diga que esos cientos de hombres -que no eran unos cualesquiera y podían haber hecho algo más provechoso- perdieron mucho tiempo y se tomaron demasiado trabajo en su intento de descubrir los minúsculos secretos de unos animales muy pequeñitos. Cuando se trata de los misterios de la vida nada hay grande ni pequeño, sino a la misma altura; el astrónomo trabaja a idéntico nivel y en el mismo asunto que el entomólogo.

En las ciencias no hay jerarquías. La mirmecología es una de aqu ellas, y de las que más cerca siguen los límites más sutiles de los problemas más trágicos y más desconsoladores. Desde cierto punto de vista, el más humilde hormiguero, abreviado por nuestros propios destinos, es más interesante que el más formidable conjunto globular de nebulosas extragalácticas en el que bullen millones de mundos miles de veces mayores que nuestro Sol. El hormiguero nos ayudará más pronto y más eficazmente a descifrar el pensamiento y la intención oculta de la Naturaleza, y algunos de sus secretos que, en la Tierra y en el Cielo, son en todos los casos idénticos.

Para que nos interesen cuanto es debido y necesario esas vidas que no est n en nuestra escala, supongamos que se trata de la historia de una raza prehumana que hubiera existido en la Tierra miles o millones de años antes que nosotros. Nada nos revela que no las haya habido, como tampoco nos afirma ningún síntoma que no haya de surgir una raza poshumana miles o millones de años después de que desaparezca la nuestra. En la infinitud del tiempo, el pasado y el porvenir son intercambiables.